

Ac. Esp. - II - 160

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

**DISCURSO**

LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

EL DÍA 29 DE ENERO DE 1950

POR

EL EXCELENTISIMO SEÑOR GENERAL DE DIVISION

D. CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS Y SERRANO

(DUQUE DE LA TORRE)

Y

**CONTESTACION**

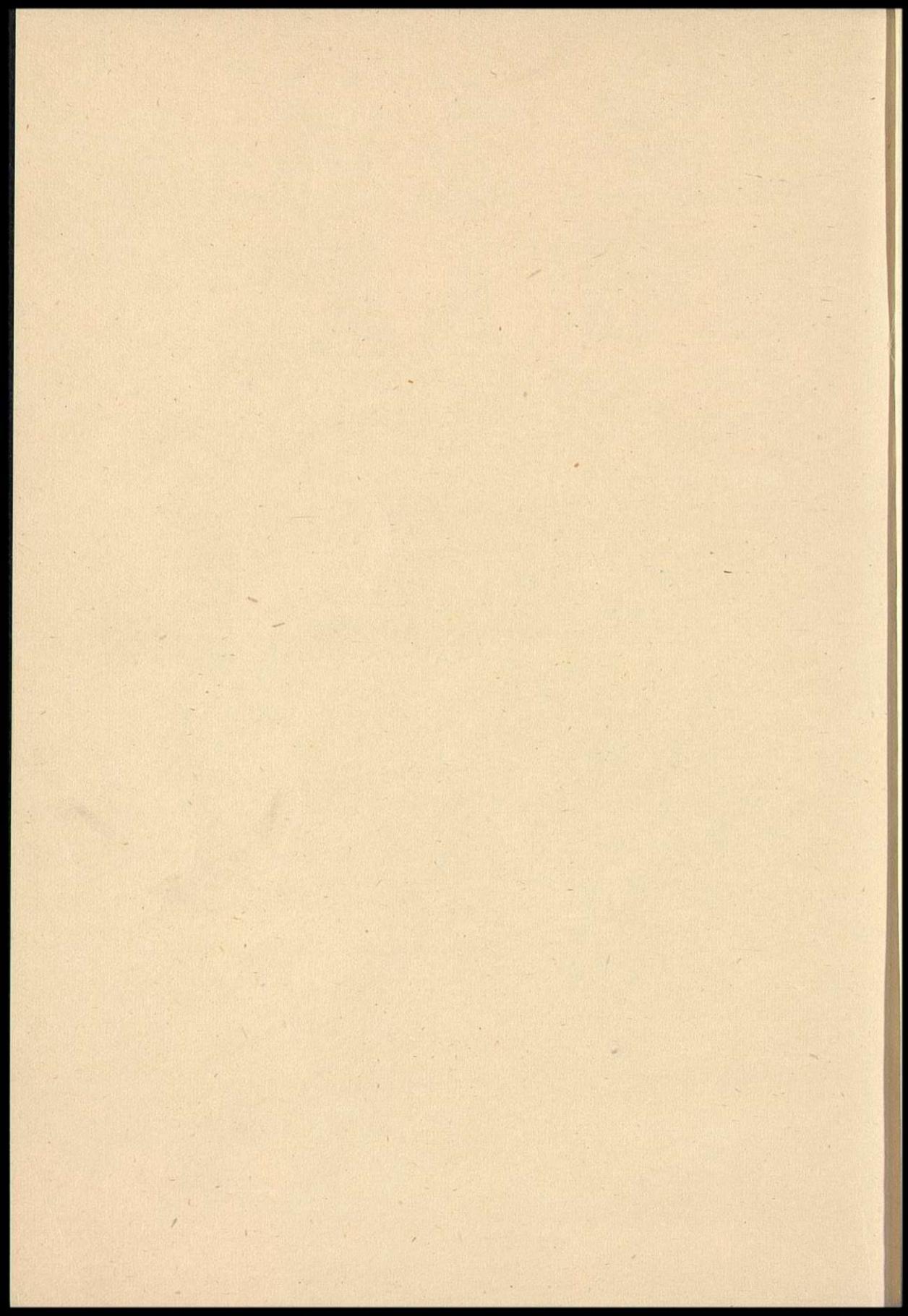
DEL EXCELENTISIMO SEÑOR ALMIRANTE

D. RAFAEL ESTRADA Y ARNAIZ



M A D R I D

1950



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

# DISCURSO

LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

EL DÍA 29 DE ENERO DE 1950

POR

EL EXCELENTISIMO SEÑOR GENERAL DE DIVISION

D. CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS Y SERRANO

(DUQUE DE LA TORRE)

Y

# CONTESTACION

DEL EXCELENTISIMO SEÑOR ALMIRANTE

D. RAFAEL ESTRADA Y ARNAIZ



*R. 5827*

M A D R I D

1 9 5 0

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

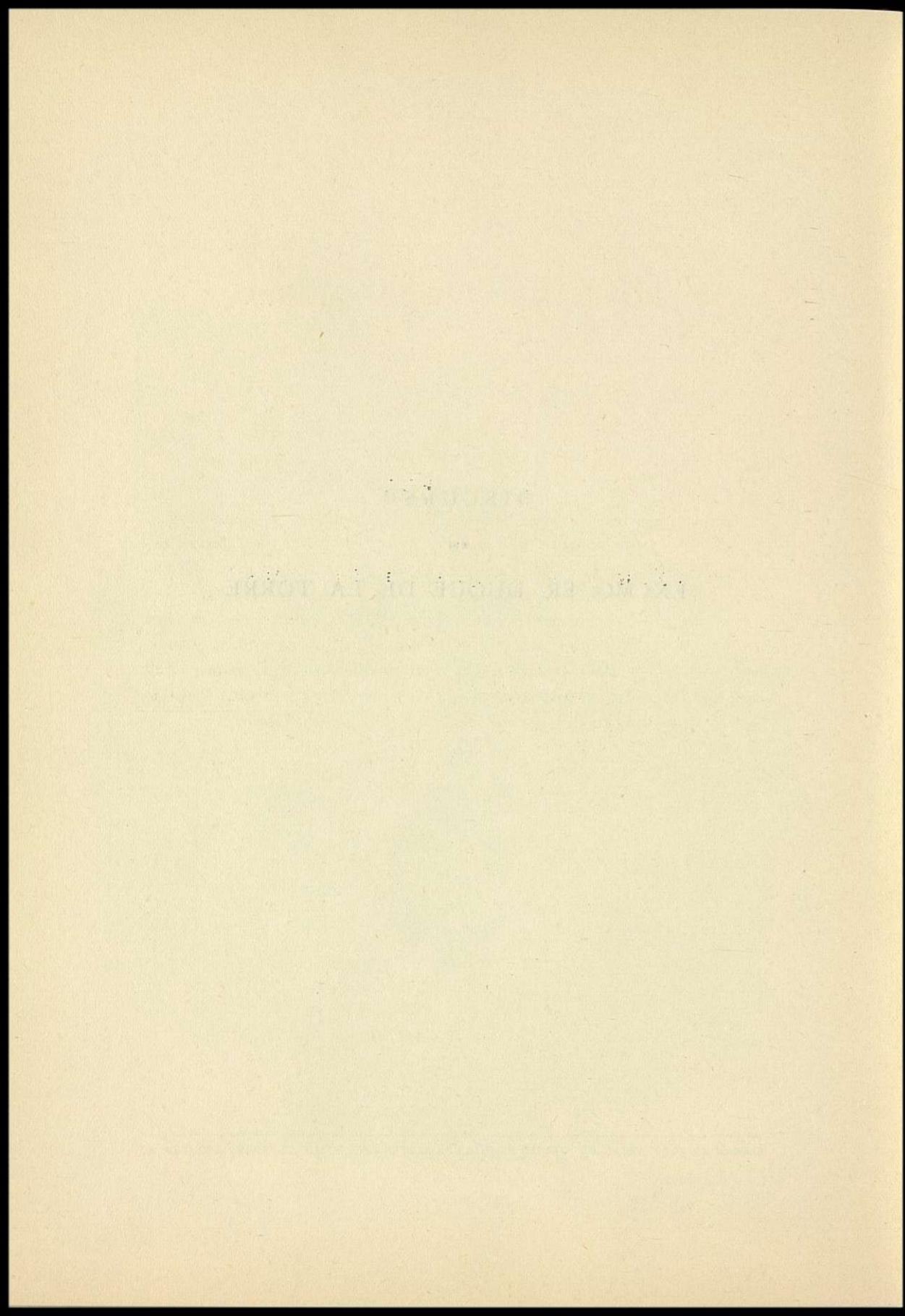
DISCURSO

DE CARLOS MARTÍN DE GARIBAY Y ZERANO

CONTESTACION

DE SARAH ESTADA Y ARNAL

DISCURSO  
DEL  
EXCMO. SR. DUQUE DE LA TORRE



## MOVILIZACION DE LA PALABRA

---

### SUMARIO

Apología del Excmo. Sr. D. Miguel Artigas y Ferrando.—  
Preámbulo, propiamente dicho.—Justificación del título «Movilización de la Palabra», y análisis de la palabra «movilización».—Documentos castrenses; su influencia sobre la historia militar.—Un comentario.—Los Salmos o el canto bélico.—Conferencias de Ciro el Grande.—Arengas y alocuciones clásicas.—Los escritores grecolatinos.—Post-clasicismo; una rápida evolución.—Sobriedad.—El «reglamento» y la «ordenanza».—Crónicas de los Grandes Capitanes.—La propaganda; sus matices literarios.—Conclusión.

# MOVILIZACION DE LA FALABIA

1955

El presente trabajo se refiere a la evolución de la fonología de la lengua española en el período comprendido entre el siglo XV y el siglo XVII. Se trata de un estudio de carácter histórico-fonológico que pretende demostrar que la fonología de la lengua española en este período no es simplemente una continuación de la fonología de la lengua castellana del siglo XV, sino que constituye un sistema fonológico nuevo, caracterizado por la aparición de ciertos rasgos fonológicos que no se encuentran en la fonología de la lengua castellana del siglo XV. Este estudio se divide en tres partes: la primera trata de la evolución de la fonología de la lengua española en el período comprendido entre el siglo XV y el siglo XVI; la segunda trata de la evolución de la fonología de la lengua española en el período comprendido entre el siglo XVI y el siglo XVII; y la tercera trata de la fonología de la lengua española en el siglo XVII.



SEÑORES ACADÉMICOS:

En un cuaderno de operaciones, casi ilegible y con pátina de viejo, hallo un renglón que dice:

*la gente quieta, y, por la tarde, hostigamiento;*

y este párrafo es la historia de lo acaecido el 25 de febrero del tercer año de nuestra última contienda, frente a Teruel; y es el resumen de lo poco percibido por los que estábamos al pie de una central bien enlazada con los diferentes jefes del frente Norte.

Sin duda, cuando escribí el renglón citado, sabía que la explosión de una "rompedora" había causado la muerte de un alférez, mas no sabía que ese oficial se había portado como los buenos —y aun los mejores—, ni que era el hijo predilecto de un ilustre personaje, cuyo sillón, en la Academia de la Lengua, había de serme, andando el tiempo, adjudicado. Esto lo he sabido ahora; y a nadie podrá asombrar que, habiéndolo aprendido, yo enlace la emoción profunda que me embarga en este día con el cariño que, sin duda, se tuvieron los dos varones cuya ausencia es causa del recuerdo que hoy dedico: Artigas padre, hombre de letras, bibliógrafo y académico, y Artigas hijo, oficial de Artillería en la División "cincuenta" de nuestras Fuerzas Nacionales.

Este último sucumbió ante la ciudad en que aquél había empezado el bachillerato y a distancia corta de la aldea en que había nacido. La coincidencia es triste; y yo ignoro si agrandó la pena de Miguel Artigas y Ferrando o le sirvió de lenitivo. Advierto sólo —por experiencia mía— que no es fácil separar la propia suerte de una espantosa prueba impuesta por la Divina Providencia; y sé seguro que si mi digno antecesor escucha este discurso, tendrá una emoción profunda al percibir junto a su nombre el de su hijo.

Empero, mi breve comentario es para el padre, y dice así:

D. Miguel Jerónimo Artigas Ferrando y Pérez Plou fué alumno de la Universidad de Salamanca (1905-09) y se doctoró en Madrid (1910). Ingresó inmediatamente en el Cuerpo de Archiveros (1911); y fué Director de las bibliotecas universitarias de Sevilla y Barcelona (1911-14).

Desde un principio, su labor estuvo iluminada por la figura excelsa de esta Academia: D. Marcelino Menéndez y Pelayo; y, sin duda, este solo nombre le bastó para encuadrar su gran tarea: la de unos años dedicados a investigar, y a seleccionar y divulgar muchos trabajos del maestro. Es más, insatisfecho con la fuerza de su faro, buscó el ambiente; fuése a la Montaña, en pos de la maravillosa colección que el sabio ilustre había sellado con su huella (1), y le dedicó, en 1916, una brillante conferencia (2).

---

(1) A su muerte (1912), D. Marcelino Menéndez y Pelayo legó una magnífica biblioteca, con más de cuarenta mil volúmenes, a la ciudad de Santander; y Miguel Artigas fué nombrado su director después de bien ganada la oposición correspondiente.

(2) *La Biblioteca Menéndez y Pelayo*. Conferencia leída por su bibliotecario, Miguel Artigas y Ferrando, el día 22 de enero del curso 1915-16, en el Ateneo de Santander (Santander, 1916).

Publicó, después, el *Catálogo de los Manuscritos de Milá*, existentes en la biblioteca "Menéndez y Pelayo" (1918); los *Manuscritos Portugueses* de la misma y los de *Jovellanos* (1919) (3), y reunió los datos necesarios para una futura disertación sobre la *Vida intelectual* del gran polígrafo (1928) y para su *Epistolario* de Valera y Menéndez y Pelayo (1930) (4); y acaso formó entonces el proyecto de dirigir una edición de *Obras Completas* del fabuloso autor (5), y el de revisar —algo más tarde— sus *Cien mejores poesías de la Lengua Castellana* (6).

Y esto —unido al gran esfuerzo realizado fuera de España (7)— esbozó el camino. No obstante, Miguel Ar-

---

(3) *Los Manuscritos portugueses de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* fueron publicados en la *Revista de Historia*, de Lisboa (dic. 1914), y los *Manuscritos de Jovellanos* de la (misma) Biblioteca fueron comentados en una conferencia pronunciada en el paraninfo de la Universidad de Oviedo, en junio de 1921, y reproducida, luego, en el *Boletín de la Biblioteca* de igual año (págs. 118-152). Pero, independientemente de los trabajos anteriores, el completo *Catálogo de los Manuscritos de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* apareció en diferentes números del *Boletín* citado, entre los años 1922 y 1929.

(4) *Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo* (1877-1905). Con una introducción de Miguel Artigas Ferrando y Pedro Sáinz Rodríguez. Tres volúmenes. (Segunda edición: Madrid, 1946.)

(5) *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez y Pelayo*, dirigida por D. Miguel Artigas, director de la Biblioteca Nacional. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1940-47.)

(6) *Las Cien Mejores poesías de la Lengua Castellana, escogidas por D. Marcelino Menéndez y Pelayo*. Edición revisada por D. Miguel Artigas. (Tercera edición: Madrid, 1943.)

(7) En 1911 fué pensionado por el Colegio Mayor de Salamanca para ampliar estudios en Alemania; y en 1914 lo fué igualmente, para ampliar estudios filológicos, por la Junta de Ampliación de Estudios de Madrid. La primera guerra mundial lo sorprendió en la entonces futura zona bélica investigando en bibliotecas y en archivos alemanes, traduciendo libros y aprestándose a las conferencias que había de pronunciar —más tarde— en Inglaterra, en España y en Alemania misma; pues, en efecto, en 1926 asiste al Congreso de filólogos de Düsseldorf, y da varias lecciones en las Universidades de Bonn, Leipzig y Hamburgo, así

tigas aprovecha la claridad de la espléndida institución que rige para aventurarse por nuevas sendas y orientar su labor investigativa hacia otros escritores; y, entre éstos, elige a Góngora, para lograr una *Memoria* que es premiada, en 1924, con la Medalla de Oro de esta Real Academia Española, y perfilar una *Semblanza*, que merece, en 1927, el Premio Nacional de Literatura (8).

Desde Santander pasó a la Biblioteca Nacional, en reemplazo del ilustre historiador y crítico D. Francisco Rodríguez Marín (1930); y en Madrid publica varios libros, entre los cuales sobresale —y ¿cómo no?— *La Vida y Obra de Menéndez y Pelayo* (1939).

Eso es lo principal en cuanto se refiere a su tarea. Me falta sólo pronunciar unas palabras sobre sus condiciones personales; mas no sintiéndome con fuerzas, ni con la autoridad que entiendo necesaria, acudo a aquellos que siguieron más de cerca su trabajo y se ufanaron de su amistad, y, al hacerlo, oigo a Cossío hablar de

*su bondad jovial e inteligente,*

y a Sánchez Reyes opinar que

*poseía ese perfecto equilibrio de facultades  
que dan los estudios humanísticos,*

y a Escalante mencionar que

---

como en la Sociedad Filológica de Halle y en la Spanische Arbeits Gemeinschaft de Berlín. Es más, después de posesionarse de la dirección de la Biblioteca Nacional (1930), vuelve a Berlín para dar una conferencia sobre D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

(8) *Semblanza de Góngora* (Madrid, 1928).

*discurría cosas, y que una de las cosas discurridas  
fué la Sociedad Menéndez y Pelayo;*

y aun veo a todos ellos dictando una alabanza que resume su obra y sus virtudes en la siguiente forma:

*al inspirador y guía de nuestras empresas menéndez-  
pelayistas,  
a nuestro Presidente,  
al primer Director de la Biblioteca,  
al hombre cabal  
y al fiel amigo (9).*

Y con esta loa tan sencilla espero haber cumplido —siquiera con desmaña— mi deber de cortesía hacia el incansable apologista a quien sucedo, inestimablemente honrado y agradecido (10); y conste, mis señores, que esta frase es para todos y cada uno de vosotros, y que deriva de un sentimiento que es función de vuestra uná-

---

(9) Véase el último número de 1947 (oct.-dic.) del *Boletín de la Sociedad Menéndez y Pelayo*, en cuya cubierta aparece la anterior dedicatoria, y entre cuyos artículos figuran los siguientes: "Artigas entre nosotros" (por José María de Cossío), "Artigas, íntimo" (por Enrique Sánchez Reyes) y "Artigas y la Sociedad Menéndez y Pelayo" (por Luis de Escalante).

(10) D. Miguel Artigas fué colaborador asiduo en *Revista de Filología Española* (Madrid), en *Revista Crítica Hispano-Americana* (ídem), en *Basilica Teresiana* (Salamanca), en *Biblioteca Selecta de Autores Españoles* (Madrid), en el propio *Boletín de la Real Academia Española*, y, según lo expuesto anteriormente, en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* (Santander). Y aun queda sin mencionar que fué *correspondiente* de la Real Academia de la Historia; *miembro* de la de Buenas Letras, de Barcelona, y de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, de Córdoba; *miembro honorario* de la Casa Eucken, de Jena; *doctor* por la Universidad de Munich; *doctor honoris causa* de la Universidad de Colonia, y *director* del Instituto Nicolás Antonio, de Bibliografía (Madrid).

nime acogida y del hecho de que ostento la representación del Ejército que, a través de mi palabra, os dice su contento.

\* \* \*

Y que yo no lo merezco, bien claro está. Mi labor no se parece a la que acabo de encomiar. Al contrario de ésta, es en cierto modo ajena a los principales fines de vuestra docta Corporación. No soy poeta, ni literato, ni historiador siquiera. Sin embargo, deseo andar sin andadores, aun a riesgo de un tropiezo un poco serio; y, a este fin, quiero ampararme en una respetable cohorte de escritores y reivindicar un puesto de honor para el que se ajusta a vuestras normas al ocuparse de un asunto ajeno a la poesía o a la alta literatura. Soldado de filas, admito la existencia de una técnica propicia a las memorias militares y a las obras que merecen figurar en los índices castrenses. Pero, atento observador, comprendo que esa técnica es aún incierta o embrionaria: rara vez se encomia la sintaxis de un discurso muy científico o se critica la ortografía de una arenga o de una orden general de operaciones; y es que la eterna controversia de si el arte de la guerra es una ciencia o esta ciencia es sólo un arte primitivo se ha extendido al modo de escribir o pergeñar los documentos concernientes a los diferentes actos que interesan al período en que la paz se aguarda con angustia.

No obstante, algo diré sobre este asunto. Haré presente —al menos— que el lenguaje del que manda no debe deslumbrar al que obedece; sólo debe cooperar a la fácil captación de cada frase o cada idea. Un libro militar es suficientemente bueno si una léida basta para que el torpe entienda lo que dice. La "*concupiscencia de los ojos*", de que nos habla San Agustín en sus maravi-

llas *Confesiones*, y que lleva al “*mira cómo luce*” y al “*mira cómo suena o cómo sabe*”, resurge esplendorosa cuando se habla o escribe para gentes que tienen el deber de oír o de leer, para, luego, someterse a los mandatos de su jefe. El “*mira qué hermosura de principios o emociones*” es expresión que puede presentarse como aspiración suprema del que se dirige a aquellas gentes; pero eso no se arranca a los de abajo sin frases firmes y concisas, sin oraciones cortas y concluyentes. El niño aprecia torpemente la belleza de una larga parrafada cervantina, y no pocos, ya mayores, se sienten empachados ante una página prustiana (II), maciza e interminable, y sin un punto que limite las ideas. Los libros destinados a la enseñanza han de escribirse en forma hablada; y sólo cabe hablar como se escribe cuando no se intenta domeñar al auditorio. Un argumento nulo o imaginario puede ser engalanado profusamente sin temor a cursería; y, siguiendo ese principio, puede lograrse que el aderezo se convierta en lo importante, cual sucede en la poesía juglaresca y en los prólogos sinfónicos. Pero, el “servicio militar” o cosa parecida, se debe estilizar lo más posible. Es una materia que en nada se parece a las demás: es imprevista, heterogénea. Las proclamas, las defensas, los informes, las memorias y los partes tienen caracteres muy diversos: son fases de la cosa literaria en los ejércitos, a las que deben agregarse las variaciones inherentes a los períodos sucesivos de la Historia. Y son precisamente aquellas fases y estas variaciones los elementos integrantes del conjunto que pretendo resumir en mi oración.

\* \* \*

---

(II) Alusión a MARCEL PROUST, autor de *A la recherche du temps perdu* (París, 1914).

A esta oración titulo: MOVILIZACIÓN DE LA PALABRA; y la empiezo analizando el sustantivo que encabeza esa expresión. ✕

Vuestro diccionario (12) presenta la palabra “movilización” como *acción o efecto de movilizar*, y asigna a este vocablo un valor castrense por excelencia. Lo define, en primer término, diciendo que “movilizar” consiste en *poner en actividad o en movimiento tropas, etc.*; mas como no concreta el sentido de ese “etcétera”, resulta ser lo bélico absoluto, o bien constituir un verdadero símbolo que es aplicable tanto a una fábrica como a un rebaño o un avispero, dándose origen, de este modo, a un concepto inesperadamente amplio de la palabra que estudiamos. Pero así como *poner en actividad* y *poner en movimiento* son acciones integrantes de la movilización, aunque se trate de individuos o de seres que no vistan “de uniforme”, ocurre en la milicia que no se aplica nuestro verbo al movimiento de los hombres que ya están en los cuarteles. Desde el campamento o la trinchera no se moviliza: se avanza, se despliega o, simplemente, se camina hacia el combate o hacia otro lado. Resulta, pues, más restringido el valor castrense de la palabra.

De otra parte, el diccionario antes citado agrega a lo ya dicho que “movilizar” es *convocar, incorporar a filas, poner en pie de guerra tropas u otros elementos militares*; mas no aclarando —cual no aclara— que dichos “elementos” son las máquinas, los campos, los carruajes y el dinero, deja otra vez sin concretar el sentido no marcial de nuestro verbo, o sea su fase concerniente a las industrias, la agricultura, los transportes y las finanzas.

---

(12) *Diccionario de la Lengua Española*. Decimoséptima edición (Madrid, 1947).

En todo caso, es evidente que la “movilización” abarca todos los medios que hacen falta para la guerra; y, si esto es así, ¿por qué no ha de extenderse a las palabras, sin las cuales no hay combate, ni ejército, ni movilización siquiera? Conviene recordar que el hombre acciona esas palabras: las reúne y las coordina para constituir las frases de su arenga o su discurso. Ha de tenerse en cuenta que los libros se componen de hojas uniformes y que los renglones de sus diferentes páginas son como hileras sucesivas de una falange destinada a hundir al enemigo: compactas, paralelas, equidistantes y con sus fichas terminales bien cubiertas. Ha de saberse, en fin, que la prosa militar es una táctica de frases destinada a emocionar y a conducir soldados a la guerra. Y, por todo ello, si el que escribe es del oficio y si el objeto de su escrito es preparar o describir una contienda, no puede haber inconveniente en utilizar la voz ya tantas veces mencionada y en admitir que “propaganda”, “reglamentos de las armas” e “historia militar” se hacen o redactan *movilizando la palabra*.

\* \* \*

Esta “movilización de la palabra” está invariablemente destinada a modelar el hecho bélico: *prepararlo*, mediante alocuciones y órdenes, y *reproducirlo*, a base de memorias y de historia más o menos verdadera.

Combate, acción, batalla, encuentro, escaramuza, choque entre dos fuerzas o guerra entre naciones, son los hechos militares que se siguen y que integran los jalones de aquella historia. Cada uno de ellos se prepara a gusto de los futuros adversarios; mas siendo opuestos los deseos o intenciones de ambos, ocurre que

la realidad difiere siempre del proyecto, y, a consecuencia de ello, la batalla se produce en forma no prevista, y el desarrollo de la guerra es diferente al esperado.

De resultas, la importancia del jalón es capital: va a servir de base al jalón siguiente. Es necesario, pues, reproducirlo con la mayor fidelidad, y esta misión incumbe al vencedor y a los cronistas. La narración de aquél (ya que el vencido escribe poco) y la crítica o alabanza del que estuvo en la contienda, son la materia prima para el trabajo. Luego, otros nuevos personajes o escritores recomentan a su modo los diferentes hechos, de una parte con la ayuda que les ofrece la documentación no utilizada o recientemente descubierta por ellos mismos, y, de otra, con la libertad de acción que les permite el tiempo, que se ha encargado de eliminar a quienes de seguro se ofenderían por la crítica severa o el encomio deficiente. Y ésta es época de grandes discusiones e incesantes controversias, en que el estudioso indaga, el erudito enseña, la política interviene y el literato manda o se impone con más fuerza; y es período en que las obras aparecen y en que las ondas se producen y van superponiéndose en la orilla, hasta que el temporal amaina o la piedra llega al fondo. Sólo entonces el agua se remansa y el suceso adquiere forma histórica, y se convierte en materia de enseñanza para los nuevos directores de contienda, y les ayuda a cincelar otros proyectos y a estructurar futuras lides.

\* \* \*

Por supuesto, este discurso no tiene por objeto hablar de luchas entre pueblos. Se refiere solamente a las obras literarias —o simplemente bien escritas o

bien dichas— que, de siempre, han encuadrado al acto militar; y estas obras son diversas y evolucionan con el tiempo, y varían con el prisma que utiliza, sin querer, el que las lee por atrasado o simplemente las revisa. Y, de resultas, la relación entre la forma histórica y la forma real de los conflictos acaecidos en el mundo es tan variable como los ángulos formados —o formables— por los haces que emanaron de los antiguos teatros de operaciones.

\* \* \*

Especialistas y eruditos aseguran que la batalla de Timbrea es el hecho bélico más remoto de la vida militar (13); y, sin embargo, a través de nuestro prisma, las grandes obras anteriores a ese tiempo nos recuerdan otras luchas más cruentas e incesantes. La historia del famoso pastorcillo que, en Terebinto, clavó un guijarro en la frente del filisteo, gigantón e incircunciso, es una simple narración de esfuerzos realizados en defensa de una masa de hombres acosada por varios pueblos que tenían reputación de victoriosos (14). De esa historia quedan los Salmos, escritos en gran parte por el Profeta mismo, último hijo de Jessé o de Isai, y fallecido en 1014, antes de Cristo, a los setenta años de vida y a los cuarenta de reinado sobre la tribu de Israel (15). Y en esos Salmos encontramos

---

(13) Es la primera batalla que ha sido estudiada tácticamente. Tuvo lugar en 541 antes de Cristo, entre Creso, Rey de Lidia, y Ciro el Joven, Rey de Persia. Jenofonte la describe en su Anábasis.

(14) David hirió a Goliat por medio de una honda. (*Antiguo Testamento*: Libro Primero de los Reyes, cap. XVI.)

(15) Fecha y cifras tomadas de *El Gran Diccionario Histórico o Miscelánea Curiosa de la Historia Sagrada y Profana, que contiene, en compendio, la historia fabulosa de los dioses y de los héroes de la antigüedad pagana*, etc. (Traducción de Luis Moreri: París y León de Francia, 1753). Tomo III, segunda parte, págs. 635-36.

referencias sobre las guerras sostenidas por David contra Ezequías:

*persigo al adversario...,  
lo trituro como polvo que el viento lleva  
y lo aplasto como fango (16);*

y hallamos cánticos de gracias por las victorias conseguidas sobre sirios y ammonitas:

*¡que tu mano, oh Rey, se haga sentir...!  
¡que tu fuego los devore...!  
¡que los hijos de sus hijos desvanezcan! (17);*

y entresacamos oraciones del que “está en el infortunio” (18), e imprecaciones contra el “pérfido enemigo” (19), y gloriosos himnos al Todopoderoso, que lleva de su mano a los ejércitos del justo contra idumeos y moabitas, y restablece el viejo reino en Jerusalén. Y es que música y poesía están estrechamente unidas, y, al son del harpa o de la lira, los saeteros cantan las arengas o alocuciones destinadas a impulsar el alma hacia el peligro.

¡Qué lección tan admirable! Todo se halla concentrado en un solo escrito, que es sagrado. La historia, la proclama, la ordenanza... son la misma cosa en los incomparables *Salmos* del Rey David.

\* \* \*

Andando el tiempo, el canto acaba y empieza la oratoria.

---

(16) Salmo 17 (versículos 38 a 43).

(17) Salmo 20 (vers. 9 a 11).

(18) Salmo 85.

(19) Salmo 108.

Ciro, hijo de Cambises, Rey de Persia, y de Mandana, hija de Astiages, habla de continuo a sus ejércitos, y, de ese modo, los prepara y les enseña a combatir. Simultáneamente: instruye, anima y fortalece. Dice sobre táctica:

*después que yo me acerque al enemigo,  
dejadme un escuadrón de vuestras  
fuerzas a caballo.*

Trata de política, y explica:

*de los que ahora son amigos,  
debéis traer a la memoria por qué vinieron  
a ayudarnos (20).*

Arenga a los miriarcas y les inculca la decisión que necesitan; y después de la jornada cuenta cosas de codicia y de victoria, enseña el modo de hacer hondas y de usarlas, y obliga a organizar las diferentes unidades y a ponerlas bajo el mando de los buenos capitanes, quincuriones y tribunos. Y así logra poner en fuga a Cresos, rey de Lidia, y aprovecharse del servicio que le ofrecen los hircanos y los medos, y evitar la disidencia entre armenios y caldeos, y, de este modo, sujetar a capadocios, vencer a frigios y apoderarse de la invicta Babilonia.

\* \* \*

Tales oraciones, y las que luego hizo Dario, sucesor de Ciro el Grande, y las de Alejandro de Macedonia, que venció a Dario y a los indios en Arbela y el Hi-

---

(20) Versiones tomadas de *La Cyropedia o Historia de Cyro el Mayor*, por Xenofonte; trasladada del griego en castellano por Diego Gracián, y enmendada la traducción castellana por el licenciado D. Casimiro Flórez Canseco (Madrid, 1882), págs. 156, 159 y 164.

daspe, eran lanzadas a los vientos desde un carro-púl-pito ligero que iba arrastrado por un brioso cuadri-yugo (21). El artefacto desfilaba por delante de las huestes o se acercaba a una importante masa de hombres con sarisa (22) y con adarga (23).

En Helesponto y luego en Grecia, los oradores iban al lugar en que el discurso había de oírse: ora el circo utilizado en las olimpiadas, ora el propio teatro de la lucha. Una pareja por diloquia (24) o taxiarquía (25) ocupaba los asientos o *formaba* en la zona costanera, sobre el declivio hacia parte amenazada. Delante de ellas, los generales —o, a veces, los políticos— pronunciaban las arengas destinadas a convencer a hoplitas (26) y a catafractas (27) de que la lucha era precisa o la batalla necesaria; y así nuestros mayores en dos milenios, oyeron a Demóstenes, vibrante y filosófico; a Hipócrates, explicativo y breve; a Cleáridas, enérgico y sereno, y a Nicias, detallista e inacabable (28).

Más tarde —en época romana— el emisario acude al campamento. El actuario avisa (29), y llega gente

---

(21) *Cuadriga o cuadriyugo*: cuatro caballos en potencia, enganchados al viejo carro de combate.

(22) La *sarisa* o "lanza larga y peculiar del falangista". (Almirante: *Diccionario Militar etimológico, histórico y tecnológico*, Madrid, 1869.)

(23) La *adarga* o escudo ovalado, semejante al que, hecho de cuero y primorosamente ornado, emplearon los árabes más tarde.

(24) Unidad equivalente al moderno "pelotón".

(25) Unidad equivalente a la "compañía" actual.

(26) De la época griega: soldado de infantería pesada, armado con pica y espada.

(27) Soldado de caballería de la misma época, dotado de lanza y de venablo.

(28) Estos discursos fueron pronunciados durante la Guerra del Peloponeso. Entre otros, Tucídides los cita y los extracta en su *Historia de la Guerra entre los peloponesios y los atenienses*, cuya primera edición latina se tituló *De bello peloponesiaco*, y fué editada en Venecia (1502).

(29) Oficial de la milicia romana que ejercía las funciones de ayudante de Unidad.

con la abolla (30) abotonada, que, respetuosamente, escucha la oración que les envía el que pretende conducirlos a la muerte o a la corona.

Cuando eran muchos los idiomas, el discurso se traducía a todos ellos. La crónica nos habla de Mitrídates empleando, una tras otra, veinte lenguas diferentes, y de Aníbal dirigiéndose a las huestes de Cartago, al tiempo que sus grandes auxiliares decían lo mismo a galos, a númidas y a ligurios.

Todos ellos aprendieron oratoria. Coordinaron su conocimiento de la guerra con la experiencia de la vida que proporcionaba el foro. El propio César estudió elocuencia en Delfos, entre dos lides sucesivas.

Pero el resultado práctico es insuficiente. La alocución de última hora no es completa. Hace falta comentar cada campaña y deducir las consecuencias que interesan para estar en condición de intervenir en la siguiente. Es preciso analizar los resultados conseguidos con las armas inventadas o con las máquinas construídas para hundir murallas o escalar defensas. La poliorcética, la táctica, la castrametación y la balística originan largas obras, que van pasando de mano en mano o son leídas en las grandes ocasiones. Mas donde el arte literario se manifiesta con suprema intensidad es en la historia de las guerras, que da lugar a libros cuya savia es semejante a la del tronco generador de las maravillosas creaciones que se llaman: literatura clásica y preclásica.

\* \* \*

Esos libros, a distancia, se ven de un modo diferente a como son. El que otea la mar y divisa varias na-

---

30) Sobretudo o capote utilizado por los romanos (Almirante: *Diccionario Militar*).

ves que están lejos, distingue mal si son corbetas o cruceros; y, habida cuenta de la eterna relación de espacio a tiempo, lo mismo ocurre si el patrón se llama “siglo” en vez de “milla”. No es de asombrar, por tanto, que las luces emitidas en las épocas antiguas por las obras —o los hombres— que destellaron, parezcan, ahora, semejantes; ni tampoco ha de chocarnos que los rayos que llegaron hasta aquí se hayan rozado unos con otros en el camino, y se nos presenten confundidos, cual se confunden los colores, o sea convirtiéndose en luz blanca. Mas si esta luz se mira y se analiza, verásela compuesta de otras luces diferentes: una ordenada gama que empieza en rojo y amarillo para acabar en índigo y violado. Y, así, las obras literarias, en lo que afecta al clasicismo y a nuestro tema, van de lo difuso a lo concreto, de lo ameno a lo pesado y de lo cierto a lo probable.

Y sobre ello cito unos ejemplos:

Tucídides, hombre pacífico, describe las estratagemas de Alejandro sin abordar su fase táctica; y Jenofonte, en cambio, que presencia lo ocurrido en Asia, habla como un soldado —en su *Anábasis*— sin presumir de serlo.

Polibio, el escritor más discutido en otros tiempos (31), ofrece ideas originales; y, sin embargo, Arriano, que le sigue a poco trecho, se limita a mejorar lo expuesto por testigos de la guerra.

Tito Livio, en fin, hombre de letras, atrae por el estilo de sus *Décadas* (32); y, viceversa, Julio César,

---

(31) FOLARD es el autor que se ha ocupado más a fondo de Polibio; y, de resultas, este último ha hecho célebre a Folard. Véase: *Histoire de Polybe nouvellement traduite du grec par Dom Vincent Thuiller, bénédictin. Avec un commentaire ou un corps de science militaire enrichi de notes, etc., par M. Folard* (París, 1727-30).

(32) La *Biographie Universelle ancienne et moderne, par une Société de gens de lettres et de savants* (París, 1811-33), refiere la odisea de un gadita-

hombre de guerra, escribe unos famosos *Comentarios*, que luego han sido recomentados, no por su letra, sino a causa de su fondo (33).

Mas desde aquí, dejando aparte a Tácito y a algunos otros, el remolino se apacigua; pero aquellas ondas, a que hice referencia no hace mucho, duran —ya amortiguadas— hasta este mismo siglo, en el que Baker (34) y otros muchos han escrito sobre Aníbal, y Droysen (35) y tantos más, sobre Alejandro, si bien a base de colores no previstos en la época estudiada.

\* \* \*

A pesar de todo, es interesante consignar el hecho de que no hay límite efectivo entre lo antiguo y lo moderno. Las edades de la Historia no corresponden a la intensa evolución de la literatura bélica. Ni siquiera los períodos de la historia militar sirven de base para establecer separaciones entre estilos, procedimientos, modos de expresar o divulgar noticias, o naturaleza de la documentación que poco a poco se hace indispensable para luchar. No en vano, bien entrada la Edad Media, resucitan las antiguas máquinas de guerra: el onagro,

---

no que hizo un viaje a Roma con el exclusivo fin de ver al hombre que escribió las *Décadas*; y son varios los diccionarios y enciclopedias que reproducen esa anécdota.

(33) Los grandes capitanes de la Historia han *recomentado los Comentarios* de Julio César, y han tratado de poner en claro cuál era la parte original y cuál la parte hecha por Oppius, su gran amigo, o, en fin, por Hir-tius, que estuvo a la cabeza de su ejército. Napoleón, en Santa Elena, dictó un *Précis des Guerres de César*. Federico II criticó muy duramente los *Comentarios*.

(34) G. P. BAKER: *Annibal (247-183 av. J. C.). Traduit de l'anglais par le capitaine A. Lageix* (París, 1935).

(35) JEAN GUSTAVE DROYSEN: *Histoire d'Alexandre le Grand*. Versión francesa, por Jacques Benoist-Méchin (París, 1934).

la catapulta, la brícota, el engeño...; no en vano hay poca diferencia —en nombre y estructura— entre las mal llamadas lanzas del famoso cuadro de Velázquez (36) y las picas que ayudaron a contener las elefantarquías (37) del rey Poro..., y no en vano alguien ha dicho que *la pólvora se inventó ella sola* (38), dando a comprender con esa frase que entre la honda primitiva y el cañón de mucho alcance, la evolución ha sido tan continua que es imposible recurrir a Schwartz o a Rogerio Bacon o a los árabes de España para hallar la divisoria de los tiempos, que interesa tanto al arte literario en los ejércitos.

La táctica tampoco ayuda a establecer separaciones. En Zama (39), la victoria de Escipión fué conseguida en virtud de la cohesión de sus legiones; y en la guerra del 70, las grandes masas de jinetes vuelven a vencer o a destrozar a causa de su propia consistencia. El orden lineal del siglo XIX exige la misma invariabilidad que el profundo de los antiguos tiempos. Federico II basa el éxito de Leuthen y el de Rosbach en la mantención de sus numerosas formaciones, o sea en la existencia de un arma a pie integrada por soldados que eran autómatas. Y, en estas condiciones, parece inútil toda búsqueda de cambios o variaciones decisivas: el discurso pierde su importancia lentamente, la ordenanza se convierte poco a poco en reglamento, las órdenes y partes van surgiendo por etapas y, en fin, la propaganda toma vuelos con relativa calma. Desde

---

(36) Entiendo que son "picas" las del cuadro, ya que el vocablo nace cuando el arma antigua es adoptada por la infantería europea, hacia el año 1500.

(37) División de dieciséis elefantes. (Véase ARMANDI: *Histoire Militaire des Eléphants*. París, Londres y Francfort S. M., 1843).

(38) ALMIRANTE: *Dic. Mil.* (palabra "Ayora").

(39) Batalla final de la Segunda Guerra Púnica (200 a. J. C.), y modelo indiscutible de orden paralelo.

la época de Roma hasta las guerras de este siglo, pasando por la ballestería de galeras (40) y por los tiempos de *atambores* y de pífanos (41), no hay un cambio, ni un recodo, ni mucho menos una acción de retroceso,

\* \* \*

Acabo de insinuar que las proclamas se restringen suavemente. La razón es obvia: en la vieja época romántica, y en la renacentista que le sigue, las actividades mental y física están frecuentemente en desacuerdo. El que “saborea los sonidos” —con arreglo a como dice un comentario sobre Wilde (42)— se envicia en ellos y no sabe dedicarse a otra materia; y, viceversa, el verdadero militar —un deportista cien por cien— no suele estar en condiciones de improvisar una oración de gran estilo.

Por todo ello, la sobriedad reemplaza a la elocuencia. Es más, la arenga, a veces, se reduce a la más mínima expresión: se convierte en grito bélico. El famoso

¡cierra España! (43)

no sé si bien tribuído (44), adquiere forma decisiva y llega hasta nosotros. Y es que tenemos el deber de conseguir en dos palabras lo mismo que otros han logrado con sus discursos. Ni un momento disponible. En nues-

---

(40) Que combatieron en la batalla de Lepanto y en las acciones coetáneas.

(41) La “Ordenanza Militar” de 1632 dispone que la compañía se constituya con 250 hombres; a saber: capitán y paje, alférez y abanderado; sargento, pífano y dos *atambores*; furriel, barbero y capellán, y 239 plazas.

(42) HESKETH PEARSON: *Oscar Wilde; his Life and his Wit* (Nueva York y Londres, 1946).

(43) La palabra “cierra” se utiliza en el sentido metafórico de abordar al enemigo y de *cargarlo o arremeterlo* (ALMIRANTE: *Dic. Mil.*).

(44) Referencia a la tan discutida batalla de Clavijo (siglo IX).

tro tiempo de altavoces, el general que toma el mando de un ejército se contenta con decir alguna frase indiferente, aquí y allá, cuando visita campamentos o revista batallones; y esa frase se propaga más de prisa que las ondas de una radio, y por encima de ella cunde la confianza que inspiró quien la produjo, y que es el arma de más fuerza que un general puede emplear. Pero esa confianza se consigue sólo cuando se hace todo bien, y de ese “todo” no se excluye el escribir y hablar correctamente.

\* \* \*

Ahora bien, al tiempo que declina la oratoria, el reglamento y la ordenanza se desarrollan velozmente.

Los escritos de Poliano, de Frontino, de Onosandro, del emperador León y de Vegecio han sido reemplazados por infinitas obras que han nacido con los siglos, y a las que no es posible —en este día— dedicar el tiempo que merecen. He de resignarme, por tanto, a hacer memoria de las *Reflexiones Militares*, de Santa Cruz de Marcenado, y a decir —con Almirante— que “la Ordenanza nuestra dió principio con el célebre *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, que el Maestre de Campo D. Sancho de Londoño redactó en 1568 para el Ejército de Ocupación de los Países Bajos”; y aun a recordar que en este siglo el número de reglamentos en que la instrucción y la batalla se fundamentan es tan inmensamente grande que por sí solos dan lugar a una verdadera biblioteca, indispensable a todo jefe u oficial. Por supuesto, ni “Ordenanzas Militares” ni “Reglamentos Tácticos” son presentados en forma literaria. Su estilo ha de ser *firme*, como la posición del hombre que forma parte de cada hilera o cada fila de una línea o

una columna; y, a ese efecto, es costumbre muy moderna que los casos, las razones, los diferentes hechos y las posibles consecuencias se desplieguen en guerrilla, con sendas marcas iniciales para que resalte su interés y sea más fácil retener su número y su importancia relativa.

Y creo que basta sobre este asunto. Necesito espacio para comentar la historia de nuestra era.

\* \* \*

Esa historia está basada, como siempre, en las memorias, en las crónicas y en los manantiales procedentes de los archivos, bibliotecas y museos.

De entre las primeras se concede el máximo interés a las escritas por los grandes capitanes: en España, Jaime I y Pedro IV, y en el extranjero, Montecúcoli, el Mariscal de Sajonia, Federico II y Napoleón I (45) (unos y otros, a título de ejemplo solamente).

Claro está que no todos los trabajos en cuestión son literarios. Al que escribe un diario hay que perdonarle muchas faltas. Sus ideas interesan, no el modo de expresarlas. Es más, el escritor que insiste en perfilar su pensamiento llega, frecuentemente, a deformarlo: sacrifica el contenido al continente; y, por eso, es acaso más vital para la historia lo que se dice en forma simple, sin adorno literario.

Las memorias se deben someter a cuarentena. La metodología dicta normas para su indispensable trata-

---

(45) Las *Memorias*, publicadas por Las-Cases bajo el título de "Memorial de Santa Elena", y que se dan como dictadas por NAPOLEÓN, han sido modificadas y frecuentemente interpoladas; las *Memorias* publicadas por Montholon, Gourgaud y Bertran, y por el ayuda de cámara Marchand, han sido realmente dictadas por el Emperador y merecen la mayor confianza. (M. M. BOUILLET: *Dictionnaire Universel d'Histoire et de Géographie*. París, 1884.)

miento, y aun hay muchas ciencias auxiliares que cooperan al saneamiento y depuración de esa materia prima.

De otra parte, aquellas fuentes se deben coordinar con el carácter o intenciones de su autor. Entre los defectos peligrosos está el orgullo o la ambición de gloria. Al hombre —como el Vizconde de Turenna— que dice, cuando vence, *hemos batido al enemigo*, y, cuando pierde, *he sido derrotado*, se le cree más fácilmente que a un Guillermo emperador, cuyas memorias sobre la guerra que él inició el año 14 están escritas siempre en singular y en personal.

Por desgracia, una gran parte de los conductores de operaciones que han legado memorias o comentarios sobre sus campañas, adolecen del defecto que se acaba de citar. Es más, cuando la gran labor del jefe no se halla respaldada por un cronista o una buena documentación de guerra, surge el temor de que ese jefe haya desvirtuado, si no los hechos, las circunstancias en que se han desarrollado. En el momento de la propia justificación, ni siquiera el cenobita en materia bélica llega a ser moral como escritor (46): juega osadamente con la tesis y la antítesis, y acaba presentando una síntesis dudosa (47), amañada casi siempre a su prestigio personal.

No obstante, hay excepciones en todos los países. Y, entre las nuestras, merece una preeminente cita el monarca más solemne que hemos tenido.

Las memorias que dictara Carlos V sobre su polí-

---

(46) Sin duda, MARMONT tenía razón cuando decía que “el estudio de las batallas *escritas*... es mal camino de enseñanza o aprendizaje...”, y sobre todo cuando agregaba que “más que en la conducción de una acción de guerra, se debe seguir cuidadosamente... a los grandes capitanes, antes y después de la refriega, en el curso entero de la campaña y en el aprovechamiento de la batalla”. (Cita de ALMIRANTE: *Dic. Mil.*, voz “batalla”). Véase: *Esprit des Institutions Militaires*, París, 1845.

(47) O sea, según CAYRÉ, “la posición, la oposición y la composición de ambas opuestas teorías” (*Patrologie et Histoire de le Théologie*, París, 1938).

tica y sus campañas de 1543 a 47 son inferiores a los hechos relatados (48). En relación a sus proezas, la modestia impera hasta después de haberlas efectuado. Lo prueba el hecho de que estuviera a punto de quemar esas memorias y de que, no habiendo realizado ese proyecto, las critique luego duramente. Temía ofender a Dios a cada instante: durante una visita que le hiciera San Francisco de Borja en el monasterio de Yuste, el Emperador le preguntó si hallaba falta en algún acto de su vida, "pues quería informarle que había escrito todas sus campañas, y no era ciertamente la ambición de gloria ni la sensación de vanidad lo que le había impulsado a ese trabajo, sino el deseo de que todos conocieran la verdad, ya que los historiadores de su tiempo se dejaban ir de afectos y pasiones personales".

Pero, aun en semejantes casos, la historia exige una documentación completa y, entre ella, la crónica legada por actores de menor categoría y los observadores de los diferentes episodios de la guerra es, sin duda, una fuente de importancia magna para plasmar la narración definitiva.

No me atrevo a hablar de las leyendas medievales confirmadas por el egregio Director de esta Asamblea. Ni debo —de otro tiempo más reciente— comentar a Ayora, a Fernández de Oviedo y a Salazar. Me con-

---

(48) Al parecer, se sabe poco de las Memorias originales. Hacia el año 1860, el BARÓN KERVYN DE LETTENHOVE encontró un texto portugués en los archivos de la Biblioteca Nacional de París con el título de *Historia do Invictissimo Emperador Carlos Quinto, Rey de Hespanha, composta por Sua Mag. Cesarea, como se vee do papel que vai em a seguinte folha*, y con la siguiente anotación: "traduzida da lingua francesa e do proprio original. Em Madrid, 1620". Y, a consecuencia de semejante descubrimiento, apareció una versión francesa en 1862, bajo el nombre de *Commentaires de Charles-Quint, publiés pour la première fois, par le Baron Kervyn de Lettenhove*. (Todo ello con arreglo a lo establecido en la *Historiographie de Charles-Quint*, de Morel-Fatio). Y, por mi parte, entiendo que dicha traducción es anterior a la española.

tento con citarlos, y aun incluyo en relación a Luis de Avila, a Carlos Coloma, a Bernardino de Mendoza, a Diego Hurtado y a Francisco Manuel de Melo, que tantos consideran como clásicos de la literatura militar de España, y a quienes debemos la especiosa historia de su tiempo.

Allende el Pirineo pasa lo mismo. Y para ofrecer un solo ejemplo, diré que las memorias de *Ségur*, del Mariscal *Saint-Cyr*, del barón de Jomini... y las dictadas por el propio Bonaparte (49), unidas a las cartas y a las órdenes y a los numerosos documentos publicados *a posteriori*, fueron base para cerca de cien mil volúmenes, artículos y escritos de toda especie sobre las campañas conducidas por el genio militar más absoluto de nuestro tiempo.

Después, en esta edad contemporánea, la información de guerra manda. Los relatos oficiales, los resúmenes históricos y las recopilaciones publicadas por los Cuarteles Generales, dan lugar a una controversia de gran altura, en que a veces la verdad se difumina.

No obstante, el método varía o evoluciona. Los detalles de la primera lucha grande de este siglo (1914-18) se han descubierto paulatinamente. En cambio, la documentación germana —o hitleriana, simplemente— de la segunda guerra (1939-45) ha caído de una vez en manos de Inglaterra y Estados Unidos (50) y ha originado pasiones violentísimas, cuyo rescoldo durará bastantes siglos. Y es que la historia militar —como las otras— se presta poco a la violencia. No

---

(49) Véase la nota 45.

(50) El presidente del Tribunal de Nuremberg, Sir Geoffrey Lawrence, tuvo a su disposición, para el proceso contra Göring, Keitel, Raeder, Dönitz e Iodl, toda la documentación del Mando Supremo de la *Wehrmacht*, que fué hallada en Flensburg, cuando aun sonaban los últimos disparos de la guerra.

cabe duda que se engendra a cañonazos; mas luego nace suavemente.

\* \* \*

En fin, quiero decir algo sobre la más genuina “movilización de la palabra”: la que se hace cuando la imagen de la guerra se cierne sobre el mundo con la amenaza de sus plagas; la que sólo se intensifica cuando esa guerra azota, y la que siempre se desarrolla impetuosamente.

Me refiero a la propaganda, que tiene poco de elocuente o literaria y que, no obstante, guarda estrecha relación con los discursos y los libros que tienen tales caracteres. La propaganda es un instrumento bélico moderno y de acción flabeliforme. Se vale, en parte, de los inventos que la ayudan a conseguir la velocidad precisa para llegar a tiempo: imprenta, aviación, radiofonía. Se disfraza, cuando puede, para internarse en tierra extraña: arte, literatura o caridad. Se organiza como es debido; acude a todos lados; pide ayuda y se estructura en forma tal que en apariencia resulta más potente de lo que es en realidad. Sus razones, en efecto, son ficticias. Lo que a nosotros obsesiona no convence al enemigo. Por eso, acaso, un general británico que se ha ocupado con interés de armas modernas, motorizadas, ha dicho que la propaganda es una sencilla “mecanización de la mentira” (51). Sin embargo, su apariencia se hermosea con frecuencia: grandes escritores han realizado una labor de propaganda interesante sin más que estar presentes y ofrecer al combatiente el arte de su maravillosa pluma. Y es que los

---

(51) J. F. C. FULLER: *Machine Warfare* (Londres, Nueva York y Melbourne, 1942).

principios se convierten en razones cuando el ser humano los expresa —o los comenta— como es debido.

Todo es sutileza en este asunto. ¡Cuántas veces una idea concebida por el hombre se habrá perdido en su cabeza sin germinar, sin florecer, y, a mayor abundamiento, sin dar el menor fruto! Y, al contrario, ¡en cuántas ocasiones un pensamiento embrionario habrá llevado —a fuerza de labor— a una teoría emocionante o a un invento colosal!

Pues bien, no es otra la misteriosa fuerza que proporciona el éxito de la propaganda bélica.

No olvidemos que “propaganda” se halla unida a los conceptos fundamentales de la vida. No hay industria, ni adelanto, ni hombre fuerte y sano, que hayan prosperado sin un pequeño tanto de propaganda. La mayoría de los sistemas políticos están auxiliados por ella, y... la religión también.

¿Qué son esas Epístolas divinas que nos han legado un remanso de inapreciable y eterna paz?

¿Qué hubiera sido el Cristianismo sin la propaganda realizada por San Pablo, por los padres apostólicos del primitivo siglo y los apologistas del segundo?

¿Qué hubiera sucedido sin la estricta disciplina de soldado que San Clemente recomendara a sus secuaces de Corinto?

Creo inútil contestar. Mas considero demostrado que la propaganda es necesaria; y aun añadido que es un arma que requiere lenguaje simple, conciso y limpio.

\* \* \*

Eso es todo. Pero, antes de acabar, aun apuro vuestra paciencia con un breve comentario.

En la milicia son tan varias las cuestiones que han de ser tratadas por escrito que es imposible exigir

sendos estilos. No obstante, la buena ortografía, la claridad de los conceptos y la perfecta ordenación de las ideas son factores suficientes para todo lo castrense. Es más, si aun fuera posible simplificar las reglas, el trabajo menguaría.

He pasado demasiadas horas desesperándome con gente que no aprendía a poner acentos en su sitio, regañando a maestros de analfabetos, corrigiendo documentos y... *equivocándome yo mismo*, para olvidar en este día una cuestión tan importante para el hombre que no sabe retener todas las reglas que esta Academia ha difundido.

La masa se parece al menos listo. Difiere sólo del ser aislado en su mayor capacidad de vicios y virtudes, por ser los suyos, no inherentes a sí misma, sino a los individuos que, ayuntados, la formaron. El más cobarde puede, sin quererlo, transmitir su cobardía a un batallón, y un jefe digno de su empleo es capaz de convertir una manada pusilánime en la fuerza más osada de su ejército. Basta que uno capte y que otros cuantos se percaten. El alma es una simple receptora de impresiones, y éstas se propagan por un sistema de ondas que los físicos no saben definir, pues su amplitud se pierde en lo infinito o en lo infinitesimal.

Y es semejante masa la que tiene que aprender ortografía: una ortografía en que existen ciertas reglas destinadas solamente a enriquecer. La idea es razonable, y Unamuno lo demuestra cuando dice: "adoptar una ortografía sencilla..., que haga imposible toda falta, es algo así como adoptar un uniforme...", y lo confirma cuando añade: "si no nos distinguimos por el traje, ¿qué sería de nosotros? Si al que lleva una levita se la quitan..., ¿qué queda?... Le han quitado el caballo al caballero" (52). Mas siendo yo soldado, no

---

(52) "La reforma de la Ortografía", artículo publicado en *La España*

me importa uniformar ligeramente las palabras. Además, el tiempo ayuda a simplificar. Antaño, el fausto era corriente: la indumentaria de Alejandro y su fantástico plumaje, la brillante coraza de Rodrigo el de Vivar y su famosa espada, la casaca de oro de los jefes que lucharon a principios del pasado siglo y su “quincalla” reluciente, son prendas que llevaban todos ellos, al frente de sus tropas, dispuestos a vencer a su adversario. Pero ahora todo cambia: soldados y oficiales se diferencian poco en el vestir, amigos y enemigos se parecen; las insignias son opacas, las cruces no se llevan; todo es disimulo, ocultación, y todo es superfluo, salvo el uniforme: no ha de olvidarse, en efecto, que el soldado de veras está orgulloso de él, y no hay que echar en saco roto que las vencidas huestes lo necesitan para no ser fusiladas.

De esto se infiere que la norma —y no la regla— tiende a unificar las apariencias y a suprimir lo innecesario: lo que se sabe de antemano o protege estérilmente o tiene por objeto conseguir lo ya logrado o lo superfluo, cual sucede en la batalla con los vivos de colores y ocurre al estudiante con los tildes cuyo fin es presionar donde él ya sabe que ha de hacerlo.

Además, lo uniforme es cadencioso, y la cadencia trae consigo un tanto de armonía compatible con la especialización moderna. Y, ante eso, no sólo ocurre que la técnica busca un empleo rectilíneo y elemental, sino que subsiste lo sencillo de los antiguos métodos castrenses: los toques militares sólo tienen cuatro notas, y el tambor no pasa de una, que, a veces, hiere el alma.

A pesar de todo, el abuso es peligroso. El hombre-

---

*Moderna* (dic. 1896), y reproducido en los *Ensayos* del célebre humanista, que fueron editados más tarde (Madrid, 1942).

máquina denigra y se denigra. La batalla lo confunde, lo anonada. Y es que el fuego, más intenso cada día, anula todo el combate. El estampido originado por la granada cuando incide contra el acero, ahoga el continuo *taca-taca* de la oruga que se arrastra hacia las fuerzas enemigas; y, de resultas, el ruido impide que se atienda a las proclamas o se escuchen las arengas, o los jefes sean capaces de decir lo que ha de hacerse. En plena lucha, todo silba, todo rasga, todo se hace insoportable. De tanto oír, no se oye nada. Los tímpanos estallan, y en el silencio fragoroso de ese ambiente, el ser humano tiene el deber de mantenerse incólume y de conservar sus facultades. Y, además, tiene que “llegar”.

La cima es alta y la cuesta es empinada. Y cuando pienso en la subida o en la labor preparatoria no acabo de afielar: cargo sin querer sobre el platillo más ligero. Por eso, ante vosotros, señores Académicos, digo que yo tengo para mí que no hay peligro en allanar las reglas que han de aprender los almogávares (53) —y empleo esta palabra, ya en desuso, porque evoca la misión de los mal llamados “comandos” y define a maravilla un viejo estilo que hoy renace—.

En resumen, quiero apartar un escollo de poca monta que a veces surge en el camino del soldado y de su maestro; quiero evitar que el terrón de arcilla que el hombre hecho y derecho pisa inconscientemente obligue a los demás a realizar una escalada, como a la

---

(53) El diccionario dice de “almogávar”, lo siguiente: “En la milicia antigua, soldado de una tropa escogida y muy diestro en la guerra, que se empleaba en hacer entradas y correrías en las tierras enemigas”. Por tanto, no hay razón que induzca a no admitir, modernamente, el término en cuestión, que, a más de simplificar la expresión utilizada en nuestro Ejército —“soldado de choque”—, rehabilita, con ventaja, una palabra intensamente histórica.

fuerza ha de pasar al invertirse los valores: al agrandarse en monte el pequeño dique hallado, o contraerse el caminante al marco de una hormiga.

Y, con esta pretensión, termino mi tarea y cierro mi discurso.

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. D. RAFAEL ESTRADA Y ARNAIZ

CONTRATACION

EXCMO. SR. D. RAFAEL ESTRADA Y ARZAM



SEÑORES ACADÉMICOS:

Por segunda vez tengo el honor de tomar parte en una sesión pública de esta egregia Academia, y si en la primera sentí la natural impresión de aquel que pasa de la incierta penumbra a la viva luz de deslumbrantes lámparas, ahora experimento una satisfactoria e indefinible sensación de veteranía al ser designado por nuestro querido Director y amables compañeros para contestar al nuevo Académico, que ya era hermano en las Armas y que desde este instante lo será en las Letras. Grande y generosa es la Academia al enfrentar en coloquio literario y unión simbólica al Ejército y a la Armada en este salón que vibró siempre con ondas sonoras, armoniosas e intensas, para expresar casos y cosas en el más claro y puro lenguaje académico.

¡Las Armas en alternativa con las Letras! ¿Habrà mayor concesión de éstas hacia aquéllas? Justificado se halla, pues, nuestro sano orgullo al ver que la Academia cede algunos de sus venerables sitios a las Armas, como los reserva a las Ciencias, para la máxima amplitud, fortaleza y garantía de la palabra española. En nuestro caso, de esas voces militares que resuenan sin tregua, se renuevan y crecen con el progreso incesante de los buques y de los artefactos guerreros.

\* \* \*

Todos los que tenéis la bondad de escucharme conocéis los méritos del nuevo Académico. Lo habéis oído y, por tanto, juzgado. La elección no puede ser más acertada: D. Carlos Martínez de Campos y Serrano, Duque de la Torre, Conde de Llovera y de San Antonio, ingeniero industrial del Ejército, General de División con la Medalla Militar y Correspondiente de la Real Academia de la Historia, llega a esta casa portador de considerable y consistente bagaje técnico y literario, y como la cita de todas sus obras ocuparía espacio grande, las enumero cronológicamente en apéndice al discurso; pero, a lo largo de éste, alguna ha de surgir, cual, ahora mismo, la titulada *Ayer*; porque en este libro, impregnado todo él de nostálgicos recuerdos de un pasado cercano, nos habla de su vida, cuya infancia transcurrió en París a consecuencia de azares políticos que los preclaros apellidos del nuevo académico justifican.

Hasta los once años de edad vivió en la capital de Francia, y, cierto día, sus ojos infantiles y perspicaces vieron pasar bajo el Arco del Triunfo un aguerrido regimiento que desfilaba al marcial ritmo de su banda musical. La idea pura de la Patria ausente germinó en aquel precoz cerebro e inundó su alma del ideal de gloria bélica al servicio de España. Sintió la llamada de su casta y, pasado el tiempo, se halló en la vetusta Segovia vistiendo el uniforme de Artillería.

Con gracejo y atinadas observaciones nos cuenta en *Ayer* el General D. Carlos Martínez de Campos su impresión de aquella juvenil etapa pasada entre el Alcázar, la pensión y el deambular por las tortuosas y evocadoras calles de la recia y venerable ciudad castellana. Con las primeras estrellas en la bocamanga lo vemos luego en su primera campaña, a raíz del desastre del año nueve, en tierras de Africa, en Melilla, siguiendo la marcha de una parcial reconquista que las granadas de su pequeña batería de bronce precedían en acción

táctica y continuada. Y allí, en diversos parajes, cuando la anciana batería reposaba, desenfilado del certero tiro de invisible *paco*, el Teniente Martínez de Campos, ante la perspectiva de tierras que al pardo color de las chilabas absorbía, y que montes y el mar limitaban, acogía se a la lectura de pasados hechos militares, en los que se libraban batallas campales de enormes contingentes, relatadas por un Tucídides, un Jenofonte o un César. No era la tímida reconquista africana, que vivía, como aquellas campañas arrolladoras de César en las Galias, con sus nutridas y fuertes legiones, ni mucho menos las del Gran Alejandro, que con su estrategia ampliaba el ecúmeno en los mapamundis. La realidad bélica era muy otra ante un enemigo disperso y con gran iniciativa individual de cazador al acecho; pero las lecturas de los clásicos militares, la literatura que exalta el heroico sentimiento, fué preparando la tarea del futuro escritor que, al ver las llamas del disparo en las bocas de sus piezas de fuego y el romper de las granadas sobre el terreno, en el fuego, en máxima intensidad, veía el éxito en los combates del futuro, en las grandes guerras que, inevitablemente, el mundo entablaría.

Y, efectivamente, un cuarto de siglo después de aquella reconquista española en tierras de Africa, que acreditó en el historial del Teniente la nota del "valor"; que siempre "se supone", Martínez de Campos daba a luz dos libros, el uno era *El Fuego*, en singular, y el otro *Los Fuegos*, en plural, procedentes del aire, del mar y de la tierra. Fuego aniquilador que, en el preludeo de una contienda y en forma de aplastante bombardeo aéreo, puede evitar una larga guerra o prepararla para hacerla breve por tan persuasivo y contundente modo. Ambas obras constituyen precioso estudio analítico y sintético sobre la coordinación estratégica de los diversos fuegos de las armas que actúan en los tres elementos que al planeta envuelven.

Más tarde, en la Escuela Superior de Guerra, se halló el Capitán de Artillería Martínez de Campos en un ambiente propicio a sus innatas aficiones de historiador y estratega. Era el año catorce de este extraordinario siglo de la aviación y la energía nuclear al servicio de la guerra; año de la primera guerra mundial, a la que designa el nuevo Académico, en sus recientes escritos con las iniciales y número correspondiente: "G. M. 1", para no confundirla con la "G. M. 2" y sucesivas; pues el desquiciado y guerrero siglo que nos ha sido dado vivir, se inició con la apasionante lucha anglo-boer; siguió, a los cuatro años, con la ruso-japonesa y, tras un respiro de siete, trajo la turco-balcánica y, en seguida, la G. M. 1. Bien fresca tela tenían para cortar en la Escuela Superior los jóvenes y entusiastas alumnos aspirantes al Estado Mayor. Sin duda alguna, ya tenía categoría de aforismo la conocida frase: "La paz es sólo accidente en la vida de los pueblos."

Las prácticas reglamentarias las efectúa el flamante Oficial de Estado Mayor en Africa, en las fuerzas indígenas de Regulares, y entonces tuvo ocasión de conocer la parte francesa, la *otra zona*, como en el Marruecos español suele llamarse al territorio, más feraz e importante que el nuestro, que Francia, con diligencia suma, supo apropiarse hábilmente.

Marrakesh, Fez, Taza, con sus huertas exuberantes que las acequias cruzan; sus zocos coloridos y bulliciosos, evocadores de cuentos y leyendas que en la infancia leímos atraídos por los aguafuertes, que muestran almenados muros y palmeras ondulantes haciéndose mutuas reverencias en mudo y amoroso coloquio, ante minaretes esbeltos, hermanos menores de nuestra Giralda sevillana. Estampas, en cuyo primer término aparecen barbudos moros de blanco turbante, entre algún caballo o borriquillo que completa el dibujo primoroso de aquellos felices tiempos en los que sólo el artista con el

lápiz, la pluma o el pincel podía reproducir las escenas naturales y humanas e imprimirlas en recio papel con indelebles tintas, entre perdurables pastas de pergamino irrompible.

Para el alma viajera de nuestro recipiendario era monótona, tediosa, la vida cuartelera, aunque ella transcurriese en aquel Madrid encantador que nuestros años mozos conocieron, y, en consecuencia, los rascacielos de Nueva York; las cataratas famosas que cruzan puentes de la ingeniería española; los grandes lagos y los gigantes bosques canadienses fueron admirados por Martínez de Campos, así como el Gran Pacífico, que entonces contempló y que estudió luego para seguir en los mapas y las cartas marinas el asolador paso de la guerra por los archipiélagos oceánicos: esa maravillosa vanguardia de Asia, en la que se halló Cipango, en tiempos colombinos, frente al inalcanzado Catay de la gesta náutica española. Fruto de tal trabajo fué el documentado y ameno libro de la historia de la segunda guerra mundial sobre *Las Campañas del Pacífico y de Extremo Oriente*. El Japón no tenía secretos para el Agregado Militar Adjunto a las Embajadas españolas en la tierra del Sol Naciente y en la inmensa China; aunque, como a todo occidental ocurre, no pudo aprehender o captar la complejidad de ese espíritu oriental estereotipado en oficiosa, humilde y sonriente actitud, pero capaz de las mayores crueldades con premeditada y alevosa sangre fría. El *boshido*, caballerosa doctrina del alma nipona, sufrió gran quebranto en las islas Filipinas. En Dai Nihon, dice el General en su libro, “la apariencia de la gente difiere de su fondo. La educación es tan perfecta que no es posible darse cuenta de cómo es cada persona”.

El contraste era grande entre los habitantes del país que simboliza el majestuoso Fudchi-Yama, hierático y grave cual gigantesco Buda, y los democráticos ciudadanos de Norteamérica, de clara idiosincrasia, construc-

tores de enormes edificios y organizadores de vastas empresas industriales. El inmenso Pacífico mediaba entre el primitivo cochecillo de tracción humana, el *kuruma*, que pululaba por las calles de Tokio, y el automóvil deslizándose, arrollador y estridente, por las grandes avenidas neoyorkinas, donde la inquietud de la vida se palpa y el ánimo se enerva. La ola viva, rompedora, preparada a conciencia por el espíritu militar del samurai, que llega al *harakiri* en el fracaso, y en la guerra al suicidio destructor del hombre-bomba o torpedo, fué anulada, sobrepasada, por la creciente onda que recorrió, segura y pausadamente, de uno a otro extremo, el antiguo Mar del Sur, y de isla en isla llegó al intangible Cipango, triunfal y dominadora. El espíritu bélico moderno guiaba la ola de la represalia, en cuya cresta campeó el máximo esfuerzo científico que, con la destrucción, trajo la paz al Pacífico.

\* \* \*

Si el triste y cruento suceso africano del año nueve, que hizo popular el barranco del Lobo, fué la causa de la ida a Melilla del Teniente Martínez de Campos, la tragedia de Annual, del año veintiuno, le hizo regresar a España desde el Extremo Oriente con la diligencia de un espíritu deseoso siempre de servir a la Patria eficazmente. Y en Melilla volvió a verse; mas no con los vetustos cañoncitos de bronce, sino al frente de moderna batería de obuses de quince y medio, que disparaban a gran distancia granadas rompedoras con precisión emocionante y cruenta. Las explosiones señalaban el avance y, con él, los nombres que tanto sonaron en España: Zeluán, Monte Arruit, Ygueriben, Abarrán, Dar Drius... Rara era entonces la familia que en España no tuviera un muerto en tierra de Africa. Era pesadilla horrible la larga etapa guerrera que no supo acortar

Gobierno normal alguno y que el Marqués de Estella cortó en Alhucemas con su invicta espada, cual Alejandro el famoso nudo en aquel poblado humilde de Frigia que tuvo por nombre Gordio.

Tranquilo el Marruecos español, Italia, con sus maravillas de arte, se le ofrece al espíritu sutil y observador del Agregado Militar a nuestra Embajada en Roma, D. Carlos Martínez de Campos. El palacio Barberini lo acoge. El magno edificio, que pudo ser permanente sede de la representación española en el Quirinal, le muestra a diario sus grandes salones, entre los cuales descuella el de Cortona. Cual el nuevo Académico, hemos contemplado en el elevado techo del salón inmenso la vida de Urbano VIII, el Papa de las tres abejas de oro, y nos deleitamos ante la serena efigie de la Diana de Bernini en el contiguo salón de las Estatuas, que alternan con sarcófagos artísticos que, en pasado lejano, contuvieron restos de seres plenos de romana grandeza transitoria.

Ya no hay en Italia, ni en España acaso, palacio alguno que pueda conservar íntegro la familia que al palacio dió nombre; sólo las Embajadas o entidades estatales los ocupan por entero, y aquel de los Barberini que España habitó tantos años, por empeño del Duce, que imperó sólo veinte, pasó a ser Círculo Militar, y España perdió la grave dignidad característica que otras Embajadas conservan; mas, por fortuna, queda en la bellísima plaza de nuestro nombre patrio el Palacio de España, residencia de nuestra Embajada en el Vaticano, a la que no falta, cual en los castillos de Escocia, el nocturno y fantasmal huésped: el "cura piccolo", que nadie ha visto, pero alguien percibió por escalofriantes indicios de su presencia cercana: signos tales, cual el subito hundimiento del rehenchido de un sofá o butaca por el peso de invisible ser que toma asiento y cuya vaga sombra acusó un espejo, y su leve

paso un débil desplazamiento de aire. Espíritus pesantes, gravitatorios, los que anidan en los viejos palacios de Roma, en esos verdaderos museos de arte exquisito, solemnes, evocadores de tiempos que pintores y escultores plasmaron con insuperable acierto. En el contraste que ofrecen con los templos, habituados los españoles a las iglesias y catedrales que poseemos, las cuales infunden hondo respeto admirativo y sugieren la oración sincera que la grandiosidad religiosa del ambiente inspira, Martínez de Campos tiene a este respecto cierta frase que nos parece muy justa: "... las basílicas romanas parecen salas destinadas a banquetes, al tiempo que los grandes comedores de los palacios renacentistas incitan al mayor recogimiento".

\* \* \*

Nuestro recipiendario asiste a maniobras militares italianas y observa las nuevas divisiones céleres, mecanizadas, motorizadas, y a los *bersaglieri* los ve en nueva fase, en la que dan al viento las plumas de sus chambergos, montados en bicicletas. Vuela a bordo de uno de los 60 hidroaviones que Italo Balbo dirige en viajes preparatorios del gran vuelo atlántico y luego pasa del teatro de paz al de guerra activa y auténtica, al unirse al General Graziani, invitado por D. Amadeo de Saboya, nieto del que fué Rey de España. Asistió, pues, el Conde de Llovera a la campaña sahárica, penosa e interesante, por la que Italia logró restablecer las comunicaciones del lago Tchad con la costa mediterránea. Campaña de Libia, que le dió a conocer los sofocantes días y las frías noches en el desierto africano, separadas por extraños crepúsculos, a cuya luz los centenares de camellos avanzaban rítmicamente y mantenían las distancias, cual dice el autor de *Ayer*, "como si fueran sobre un friso dibujados".

El gran conocimiento que Martínez de Campos poseía de la Aeronáutica italiana le indujo a escribir, con la colaboración del Capitán de Corbeta D. Mateo Milla, escritor brillante, muerto por la Patria en el glorioso Alzamiento, el primer libro que en España se ha escrito acerca del *Arte Militar Aéreo*.

\* \* \*

El heroico Alzamiento, que cambió la torva y cruel faz que España ofrecía en el dominio rojo de los sin Dios y sin Patria, llevó al Teniente Coronel Martínez de Campos, por fortuitas y bien aprovechadas circunstancias, a tierras de Navarra, las más adecuadas para el español que sintiese en su ánimo la fe en Dios y el ardor de la reconquista patria, cuanto más para un militar deseoso de emplear todo su esfuerzo humano y su técnica profesional al servicio de la última cruzada, más santa y mucho más urgente que las que inició el famoso Pedro el Ermitaño a fines del siglo XI.

El Duque de la Torre, entre aquellos valientes navarros de la boina colorada, añoró sus flamantes obuses de quince e incluso su primera batería de bronce; pero, en la rápida improvisación de los arrolladores ejércitos de la Liberación, fueron sumándose piezas de fuego, y Martínez de Campos pudo ostentar justificadamente y, desde luego, con brillantez y eficacia, el sonoro título de Jefe de la Artillería del Ejército del Norte. Los estampidos de sus cañones no resonaban como en los barrancos africanos o como las detonaciones oídas en el desierto o en las maniobras japonesas y las italianas; el estruendo de las bien apuntadas piezas resonaba en las almas de nuestros soldados del Norte como una pronta promesa de reconquista. Cada proyectil que estallaba en el campo de los sin Patria marcaba el punto que la infantería no tardaba en ocupar. Extraña contienda

que, en primera fila, figuraban en las nuestras los descendientes de aquellos que acaudilló Don Carlos de Borbón, y en los montes españoles volvieron a verse los blancos turbantes moros que desde Pelayo no habían hecho su aparición en su descenso hacia el Sur.

Terminada la etapa heroica, el Conde de Llovera ocupa, entre otros, el cargo de Jefe del Estado Mayor Central del Ejército, y después explica la disciplina eminentemente profesional de “Estudios Estratégicos” en la Escuela Superior del Ejército. Su pluma recobra la actividad de anteguerra, más bien la supera, pues, además de producir obras, tales como *Cuestiones de anteguerra* y la *Teoría de la Guerra*, colabora asiduamente en la brillante revista *Ejército* y en la moderna *Estudios Políticos*, de extensa e interesante información, inapreciable para los diplomáticos y para el público culto en general.

\* \* \*

Conocéis, pues, los que me escucháis, la figura militar, docente y literaria del General que hace su entrada en la Academia con el paso firme de quien está seguro de sí mismo; su presencia no es sólo acusada por el tintinear de unas espuelas que rozaron ijares en guerrera cabalgata o por el artillero que dirigió el fuego en el combate; es, además del profesional, el hombre culto y estudioso que posee a la perfección varios idiomas. Tal conocimiento de lenguas no perturbó, cual a veces suele, el del lenguaje patrio, lo que hace que sus libros tengan el buen sabor de las obras de aquellos maestros españoles de la literatura militar, entre los cuales, me permito mencionar, primero, a uno que no fué guerrero, sino notable jurista, consejero de los Reyes Católicos, Juan López de Vivero, que, con el seudónimo de “Doctor Palacios Rubios”, escribió un precioso *Tratado del*

{ *esfuerzo bélico heroico*, para inculcar a su hijo la moral del valor militar y la española gallardía del caballero en el combate. A este esfuerzo guerrero lo sitúa el autor entre el temor y la osadía; pero aconseja la propensión hacia ésta, porque es más fácil frenarla que mover y llevar adelante el temor, y asevera este concepto comparando al pródigo con el avaro: “el pródigo aprovecha a alguien, el avariento ni a sí mismo ni a otros”.

Escritores, literatos militares, hubo en España en todo tiempo; magníficos movilizados de la palabra que supieron divulgar con maestría conceptos, máximas y anecdotario, tendentes a forjar y elevar el espíritu marcial y amor patrio. Ya los ha mencionado en su interesante discurso el General Martínez de Campos; tal vez más leídos y apreciados en el extranjero que en nuestro solar. Recordemos a tal respecto la frase de Federico II de Prusia en la entrevista que concedió a un General de nuestro Ejército, comisionado para estudiar la nueva táctica de aquel Monarca: “Me extraña el objetivo de tal viaje, pues yo donde aprendí la táctica fué en España.” Federico II se refería a las *Reflexiones Militares*, de D. Alvaro Navia Osorio y Vigil, Marqués de Santa Cruz de Marcenado, monumento de la literatura militar de España, que el General por España enviado no había leído.

En el siglo XIX tuvimos dos escritores militares de una gran valía: D. José Almirante y Torroella y D. Francisco Villamartín. El primero alcanzó el grado de General, y el segundo, aunque ascendido a Teniente Coronel en el campo de batalla, murió en el empleo de Comandante; era ayudante del Marqués de Novaliches, vencido en Alcolea por el Duque de la Torre.

El General Almirante, que tiene en su haber espléndido el precioso *Bosquejo de la Historia Militar de España*, describe al soldado español en esta feliz forma: “Algo más que militar se percibe en aquel peón ágil y

bien trabado, como si viniera de raza felina, siempre hambriento y nunca triste; bravo, orgulloso; insolente como un príncipe, tomando a fuer de filósofo las cosas como vienen, agazapándose para buscar mejor la escotadura de la coraza; burlándose lo mismo de la lengua sarisa del suizo que de la acerada barda del caballo francés; repitiendo en aquella suelta Italia la sensación pavorosa que siglos antes acusó su fiero antecesor el almogávar.”

Era el soldado español que siguió al Gran Capitán en sus proezas en tierras de Italia. Ahora ya no se agazapa para herir en parte vulnerable del contrario, pero sí para lanzar la botella incendiaria de gasolina contra el acerado tanque en rasgo de audacia ingeniosa, reproductor del que tuvo el hondero de los salmos contra el bíblico gigante.

Villamartín, que no llegó a las cuarenta años de edad, en sus interesantísimas *Nociones de Arte Militar* tiene un claro atisbo de la guerra moderna: “La guerra, que de todas las artes se sirve y cambia de ser en los tiempos y las naciones, lleva hoy también el sello de ese espíritu del siglo: la celeridad. En las armas han querido suprimir el espacio, y en los movimientos el tiempo; ya la pólvora es lenta y torpe, y se quiere hallar una cosa que le aventaje: la marcha de los proyectiles es corta y poco precisa, es necesario que la bala llegue mucho más lejos y dé en el blanco exactamente: el tiempo de la carga es un tiempo precioso para la muerte...”

Villamartín, como Napoleón III, consideraba que la guerra: el modo y manera de combatir para vencer, tenía categoría de ciencia, no de arte, a pesar de titularla así en sus estudios militares. Escribió en tal sentido una serie de alegatos, en ocasión (1864) de la negativa de la Academia de Ciencias de París al aumento de una sección titulada “Guerra”, cuya consecuencia fué el cierre de su puerta al ingreso de Napoleón III.

Decía Villamartín que la guerra es un fenómeno natural a la vez que social: “aparece con el hombre, germina en la familia, crece en la tribu, llega a su apogeo en la nación, continuando así la marcha misma de la sociedad, sometida a la indeclinable ley del progreso...”.

Lo cierto es que la guerra continúa siendo arte y no ciencia; y que al servicio de la guerra labora la ciencia en toda su intensidad, es un hecho evidente, que produce un progreso, pero con aceleramiento acaso perjudicial para la ciencia pura, por el forzamiento a que se la somete en el urgente afán de prácticas y fulminantes realidades.

El alto mando militar requiere hoy día la intervención del laboratorio científico y, por tanto, ese alto mando ha de tener cierta base científica para comprender las sabias explicaciones de los hombres de ciencia. De muchas cosas tiene que saber un General, y de ahí su nombre. A tal respecto, decía Villamartín que: “No basta el conocimiento de la ciencia de la guerra para ser gran general, como no bastan las reglas de la versificación para ser gran poeta.”

La guerra, veladamente loada en los salmos, mencionados por el nuevo académico en su erudito discurso, fué cantada desde los más remotos tiempos y ensalzados los caudillos vencedores hasta la categoría de dioses. Cantados por la lira y el salterio que dió nacimiento al clave, al romántico y rubeniano clavicordio de la abuela, recibieron, con preseas, brillante indumentaria que luego alcanzó al soldado. Pero la uniformidad vistosa era varia, distinta, según la especialidad del Arma, y la infancia quedaba prendada de aquel que más le placía. Propaganda militar ésta que, por entrar por los ojos, era más eficaz que la movilización de la palabra por el escritor y el poeta. Hoy, con la uniformidad en el uniforme, ya de tipo mundial, el militar en su indumentaria corriente se aproxima al deportista, que es, a su

vez, al que más admira el adolescente del día. Acaso, inconscientemente, todo se doblaga a la finalidad de la recluta para la guerra; mas hay que convenir que en esa uniformidad hay algo del peligro comunista. Esa igualdad es letal como la muerte misma. La distinguida concurrencia que aquí se halla, en pasados tiempos ofrecería mucho más brillante y luminoso colorido: los Académicos todos lucirían las palmas en bellos uniformes que hoy sólo usan algunos plausibles amantes de la tradición, sentimental y bella. Claro es que a ello hoy se opone poderosa razón crematística, que la mujer no reconoce nunca y, con su instinto certero, tendente siempre por ley divina hacia la conservación de la especie, no acata el uniforme. Este comunismo en el traje y el sombrero sólo lo admite en las dimensiones en altura y holgura que la moda le impone, con esa tiranía que persigue la renovación atrayente del aspecto femenino. La mujer es, pues, eficaz resorte que amortigua el choque invasor de esa aburrida y triste igualdad, opuesta a la distinción y a la conquista de lo bello y sugeridor que la vida endulza.

Mas para la gente adulta, por grande que sea el poder de la vistosidad del uniforme y la popularidad de un militar, no alcanza la honda y perdurable huella que el don de la palabra escrita, hablada y poetizada; y esto sí que, incuestionablemente, es arte y no ciencia. Alguien calificó a la palabra como “arte para disimular el pensamiento”, y alguno, que tampoco recuerdo, aconsejaba: “escribamos a modo de Quinto Curcio: más de lo que sabemos”, y tanto una como otra cosa requiere verdadero, auténtico arte. Las ciencias podrán mejorar y alargar la vida, pero las artes la espiritualizan y embellecen. Dejemos, pues, a la guerra como: arte para vencer con la ciencia.

Ese arte, que es instintivo, innato, y que en algunos caudillos adquirió valor de genio, se adquiere, como la

previsión en la vida, por la Historia, y ésta, para que cuaje y a la verdad se aproxime, ha de hallarse lejana en el tiempo; porque sabido es que quienes forjan la Historia, o no saben escribirla o les es vedado narrarla para no ofender a los vivos, aunque a César no le ocurrió nada de esto, y con sus famosos *Comentarios*, según Almirante, se erigió a su nombre un monumento. Polibio, el historiador guerrero, maestro de Escipión, que los historiadores señalan cual enlace entre los escritores militares griegos y los romanos, es calificado de veraz e imparcial en sus escritos; no ocurre así con el discutido Vegecio, cuyos libros constituyen puente entre los tiempos antiguos y los modernos, y a quien Almirante califica de “pobre y atolondrado zurcidor, plagado de contradicciones y gran embrollador de tiempos, cosas y personas”. Por lo visto, Vegecio escribió a modo de Quinto Curcio, pero, como su obra se libró del barrido de los bárbaros, hay que aceptar cual hito en la Historia Militar la recopilación castrense, al día, del *Epitome institutionum rei militaris* del romano escritor. Otro hito nos lo ofrece el misterioso enciclopédico Maquiavelo con su *Arte de la Guerra*, al que se opuso el desplegado con éxito por Federico II de Prusia.

\* \* \*

¡Cuán distintos los medios bélicos de aquellos tiempos a los empleados en las guerras actuales! Entonces sólo los militares combatían, y el corto alcance de las armas y la lentitud del transporte preservaba, en general, de la devastación de la guerra los pueblos de retaguardia. Hoy se cierne sobre ellos, tras el fuego y el hierro, la invasión zenital, inesperada, de las medusas del aire en forma de paracaidistas. La noche y la niebla ya no amparan; sólo bajo la tierra se halla refugio, y,

en el porvenir, a toda ciudad de paz corresponderá otra de guerra, conjugada y troglodítica.

El cambio de faz guerrera no fué seguido por la literatura bélica: ésta se halla perpleja. No se prestan los versos altisonantes de un Ercilla o de un Camöens para cantar las hazañas de los héroes de hoy, y en analogía al as futbolista, que no es posible inspire a un músico el alegre y marcial pasodoble que las admirables y vistosas facultades de un buen torero sugieren.

Y el arte, ¿qué belleza puede hallar en el aerodinamismo y la envoltura estratosférica? Hasta no ha mucho, incluso el cañón tenía su elegancia; ahora el lanzacohetes semeja la armadura metálica de un poste funicular. Antaño, el vencido daba motivo al artista para componer cuadros de belleza suma, porque la nobleza al vencedor nimbaba; mas hoy, ¿qué sentimiento puede bullir en el alma del pintor o del poeta ante el cuadro sombrío y anodino de un consejo de guerra con auriculares?

¡Perdón! Hemos caído en el tópico de que lo pasado fué mejor, cuando ahora existe tanta y tanta cosa buena, que la juventud, con sonrisa condescendiente, podría enumerar prolija y largamente, para terminar con una sentencia de filosófico y barato sonsonete que desde niño retuve, pese a mi flaca memoria: “Las cosas son como son y no pueden dejar de ser como son; porque, como son, son perfectas, según su grado y manera.”

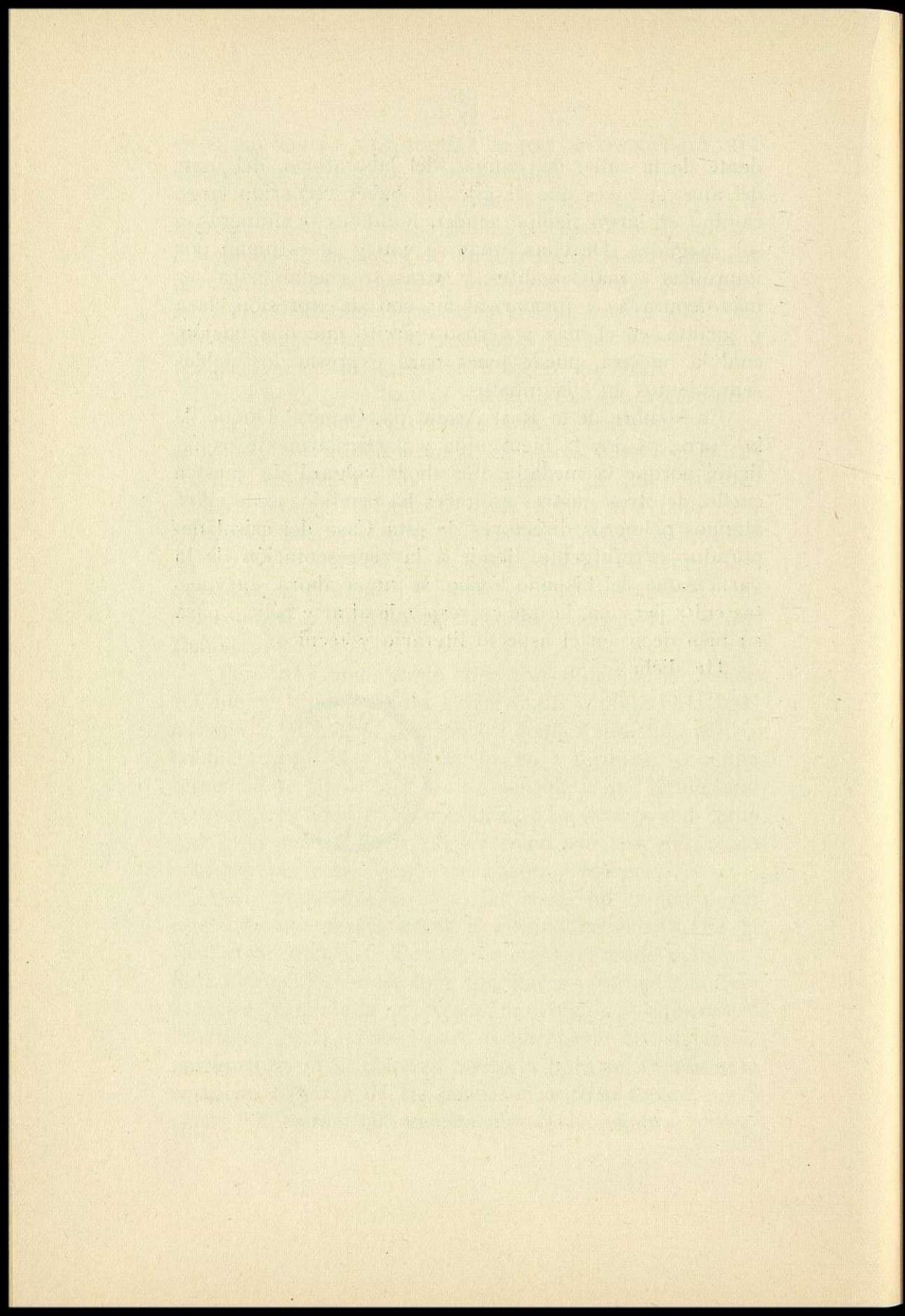
Pero aquí, en esta casa, las cosas no cambian. En este vaticano de las letras el tiempo no cuenta. Es la Real Academia oasis de paz, en cuyo reposado ambiente flota el ingenio con las más singulares y varias manifestaciones. Cuando a la Academia volváis —compañero Martínez de Campos— para tomar parte en sus sesiones en torno a la oblonga mesa, la hora que transcurre entre las lecturas de las jaculatorias os parecerá cortísima. Allí veréis la movilización de la palabra, proce-

dente de la calle, del campo, del laboratorio, del mar, del aire...; voces que después de haber recorrido largo camino en largo tiempo acuden humildes o altaneras a ser juzgadas. De ellas, unas se van y se esfuman por impropias o mal sonantes, y otras se quedan para ser más depuradas y formar, al fin, con su expresión clara y sucinta, en el más poderoso ejército que una nación, cual la nuestra, puede tener para expresar los nobles sentimientos en ella innatos.

En nombre de la Real Academia, General Duque de la Torre, os doy la bienvenida y particularmente os felicito, porque la medalla que ahora colgará de vuestro cuello, de otros ilustres militares ha pendido, y, de ellos, algunos primeros directores de esta Casa del crisol depurador y refulgente, donde a la representación de la varia gama del hispano léxico, se suma ahora, en vuestra culta persona, la que corresponde al arte bélico, para su bien decir en el aspecto literario y técnico.

He dicho.





TRABAJOS PUBLICADOS  
POR EL GENERAL MARTINEZ DE CAMPOS

- Equitación (Apuntes). Madrid, 1912.
- La Artillería Pesada en la Guerra Campal (Conferencias pronunciadas en el Centro del Ejército y de la Armada). Madrid, 1916.
- Consideraciones sobre la Zona Francesa de Marruecos. Madrid, 1918.
- Artillería y Aviación. Su empleo y su enlace en la Guerra moderna. Madrid, 1918.
- El Japón. Historia Militar y Política de un pueblo de pocos años (Dos volúmenes inéditos). Madrid, 1919.
- Las Fuerzas Militares del Japón. Madrid, 1921.
- La Artillería de Campaña y su organización (Conferencias pronunciadas en el Grupo de Instrucción de Artillería). Madrid, 1923.
- La Guerra Química y su Preparación. Madrid, 1927.
- La Artillería en la Batalla. Madrid, 1928.
- Arte Militar Aéreo (en colaboración con el Capitán de Corbeta D. Mateo Mille y García de los Reyes). Madrid, 1929.
- Pájaros de Acero. Barcelona, 1929.
- Con las Tropas italianas en el Fezzan. Madrid, 1930.
- La Artillería de Campaña en zona montañosa (Conferencias pronunciadas en la Escuela de Tiro de Artillería). Madrid, 1933.
- La Cuestión de los Servicios en el Ejército. Madrid, 1934.
- El Fuego. Estudio analítico de las acciones de Aire, Mar y Tierra. Madrid, 1935.
- Los Fuegos. Estudio sintético de las acciones anteriores. Madrid 1936.
- Arte Bélico. Madrid, 1936.
- Empleo de la Artillería. Madrid, 1941.
- Cuestiones de Anteguerra. Madrid, 1942.
- Teoría de la Guerra. Madrid, 1945.
- Ayer (1892-1931). Madrid, 1946.
- Las Campañas del Pacífico y de Extremo Oriente. Madrid, 1946.

REVISTAS  
EN QUE HA COLOBORADO ASIDUAMENTE

*Memorial de Artillería* (1913-35).—*Nuestro Tiempo* (1916-20).—*La Guerra y su Preparación* (1923-31).—*Cruz y Raya* (1934-35).—*Escorial* (1940).—*Ejército* (1940-49).—*Estudios Políticos* (1946-49).

ACADEMIA ESPAÑOLA  
BIBLIOTECA



ACADEMIA ESPAÑOLA  
BIBLIOTECA

...  
...  
...